

1844 considerable guarnición, y no sin razón, pues pocos días antes habían sido allí fusilados algunos insurrectos sorprendidos con las armas en las manos. Llevaban los Misioneros muy recomendada la pacificación de este pueblo, y al efecto quedaron allí cinco PP. para dar una misión. Apenas comenzaron á predicar, se conmovió aquella buena gente: la noticia se propagó luego por los bosques y montes vecinos, y los que, temerosos de las armas, se habían refugiado á ellos, acudieron á la población para aprovecharse de la gracia que el Señor les enviaba. El fruto fué copiosísimo y el Gobernador de Sta. Marta que acertó á pasar por allí en los momentos en que una devota procesión recorría las calles, escribió á la capital, que ya la guarnición era inútil, porque aquellos buenos sacerdotes habían logrado en pocos días lo que las armas del Gobierno no conseguirían en mucho tiempo.

Satisfechos de tan felices resultados siguieron los Misioneros su rumbo hacia el Magdalena para reunirse con sus compañeros que les aguardaban en Mompox. Era preciso embarcarse y navegar río arriba en un género de embarcaciones enteramente primitivas. Consisten estas en un tronco de árbol excabado á fuerza de hacha: el techo está formado por un tejido de hojas de palmas tan sólido que sufre el peso y los bruscos movimientos de cuatro ó seis negros corpulentos, que subidos encima van bogando y dirigiendo la embarcación por medio de largas y fuertes varas que apoyan en las orillas del río ó en el fondo. El viajero en su estrecho leño no puede tener más postura que sentado ó acostado, si el espacio lo permite, porque la altura del techo no dá lugar á más. Tal es la incomodidad de los barquichuelos llamados *bongos*; pero no es esto solo. Tiene que añadirse el cansancio producido por lo incómodo de la embarcación, los ardores de un clima abrasador, los enjambres de zancudos y cínifes que á todas horas y especialmente

1844 por la noche zumban agudamente en sus oídos, le acometen en todas direcciones y le tienen en perpétua lucha: el continuo vocear de los bogas, cuyos gritos salvajes envuelven no pocas veces palabras propias de gente soez y sin pudor; en fin, todo contribuye á hacer en gran manera penosa aquella manera de viajar.

Acercábanse ya los misioneros á Mompox, cuando hubieron de dividirse de nuevo, pues el Alcalde de una pequeña población, llamada Sta. Ana había obtenido del P. Superior que dos PP. pasasen á predicar y confesar á aquellos buenos costeños, como lo hicieron no sin fruto, admirando la fe y el fervor de unos pueblos tan abandonados.

9) —Entre tanto los demás misioneros recojían abundante mies en Mompox. Esta ciudad, situada á algunas millas al interior á la orilla derecha del Magdalena con el cual comunica por medio de un canal, fué en siglos pasados una de las importantes poblaciones de aquellas costas, con buenos edificios, universidad y un Colegio de la Compañía que se conserva aún ya arruinado; hoy se halla ya muy reducida su población. Sin embargo, el estar próxima la Semana Santa era una circunstancia muy favorable para atraer mayor concurso de los lugares vecinos: abrióse una misión y los PP. trabajando incansablemente lograron ganar para Dios más de ocho mil almas que se presentaron á la sagrada mesa en aquellos santos días.

Aquí en Mompox recibió el P. Superior la primera de una serie de cartas llenas todas de solicitud y paternal afecto con que el Sr. Arzobispo Mosquera iba, digámoslo así, acompañando á los PP. en su penoso camino por agua y por tierra: unas veces les alienta y les consuela, otras veces les dirige en la manera de caminar por esos climas nuevos para ellos y siempre se muestra cariñosísimo amigo de la Compañía. No nos creemos dispensados de dejar consignada

9.—Sema-
na
Santa
en
Mompox.
Corres-
pondencia
del
Arzobispo

1844 á lo menos una que sirva ó como monumento de gratitud al amigo, ó como recuerdo venerable del santo y sabio Prelado que murió en el destierro por defender los derechos de la Iglesia. Hé aquí lo que escribió con fecha 22 de Marzo de 1844:

«Con indecible placer he recibido la estimada de V. R. de 28 de Febrero, que me ha traído la deseada noticia del feliz arribo de los hijos del Grande Ignacio á la Nueva Granada. Sean bienvenidos en el nombre de Jesus, bajo cuya enseña pelean los combates del Señor, y doy á su Majestad mil humildes gracias, porque en medio de tantas tribulaciones como nos rodean se digna consolarnos enviándonos un Apostolado. Yo tengo mucha fe en todo lo que dejó escrito Sta. Teresa de Jesus, y ella nos dice, como recibido de Dios, que la Compañía hará grandes cosas en los últimos tiempos.

El Rmo. P. General me escribió en el año próximo pasado que enviaría gente escogida, y no dudo que Nuestro Señor ha de haber alumbrado á su Rma. en la elección de los sujetos con que ha formado la Misión de la Nueva Granada. Así espero también de su misericordia que ha de favorecer la empresa para que dé frutos copiosos, para mayor gloria de Dios y salvación de las almas.

En Nare, que es la primera parroquia de esta Arquidiócesis, hallará V. R. mis despachos para ejercer el ministerio sin restricción alguna y con la plenitud de facultades ordinarias y las extraordinarias que tengo del Sto. Padre.

Anhela mi corazón por el día en que pueda testificar á V. R. mi cristiano amor á la Compañía y cordial afecto que profeso á los doce Apóstoles y seis hermanos que nos manda el digno sucesor de San Ignacio. Entre tanto saludo á cada uno de ellos con el fervor y sinceridad de que soy capaz, y ruego á Ntro. Señor les traiga á todos sanos y felices. El día

de la Encarnación haré una rogativa pública en la antigua Iglesia de la Compañía, y el viaje de V. R. y sus compañeros será una de las cosas que en ese día se ponga con más especialidad delante de Jesucristo Sacramentado.

Soy de V. R. afmo. Hermano, amigo y servidor
Manuel J. Arzobispo de Bogotá».

No podían menos de consolar á los PP. estas cartas que iban encontrando en diversos puntos del camino, y alentar su esperanza para el porvenir contando con tan poderoso y eficaz apoyo, que en realidad bien se necesitó, como veremos más tarde. Las facultades á que alude no solo eran tan amplias cuanto era posible, sino que concluían con esta cláusula que copiamos del original:

«Cualquiera duda que pueda ocurrir sobre estas facultades se interpretará en favor de los RR. PP. de la Compañía de Jesus; y en caso de que se desee alguna facultad que aquí no se comprenda, es nuestra voluntad darla por concedida y que se use á juicio del M. R. P. Superior».

10)—Era ya el 12 de Abril cuando, terminadas las tareas emprendidas en favor de aquellas pobres almas, resolvieron proseguir su viaje. Estaban preparados dos grandes *champanes*, embarcaciones de la misma forma y construcción que las anteriormente descritas, pero de mayores dimensiones y por lo mismo más pesadas, á lo que se añade la total falta de viento que inutiliza el uso de las velas: es preciso, pues, moverlas á fuerza de remos y largas palancas, de manera que en ciertos puntos un tanto precipitados, ó cuando las lluvias torrenciales de aquellos climas añaden mayor fuerza á la corriente, y las aguas, como sucedió esta vez, crecen hasta cubrir las copas de los árboles que pueblan las riberas, no puede adelantarse más de una, dos y á veces media legua en todo el día. Llegada la noche atracan á una orilla,

10.—Prosección del viaje. El Magdalena.

1844 atan las embarcaciones al tronco de un árbol y en la inclemencia quedan á merced de innumerables insectos.

La misma lentitud proporciona al viajero en los primeros días un agradable recreo. El Magdalena enriquecido con el gran caudal de aguas que le tributa el Cauca, río igualmente navegable, presenta el aspecto de un gran brazo de mar sereno y cristalino que se interna en el continente por muchas leguas: va dejando en diversos puntos isletas de pequeña magnitud, cubiertas unas de exuberante vejetación y á veces de plantas útiles, como el plátano y la yuca, cuyos primeros gérmenes se depositan en ellas arrancados de las riberas por las aguas: otras son remansos de arena á donde salen á tomar el sol enormes caimanes que figuran troncos de árboles, ó están cubiertas de numerosas bandadas de garzas de diversos colores, patos y otras muchas aves acuáticas. Las vegas están cubiertas de bosques de palmeras y árboles gigantescos, en cuyo ramaje saltan y juguetean numerosos monos y ardillas, y se asientan multitud de guacamayos, loros y otras especies de pájaros cuyo variado plumaje encanta á la vista con sus diversos vivísimos colores y matices. De cuando en cuando se presentan á la vista extensas dehesas en que pacen los ganados de las haciendas vecinas: aldeas y pueblecitos rodeados de plantíos de caña de azúcar, platanales é inmensa variedad de árboles de muy gustosos frutos desconocidos en Europa: es un continuo variar de paisajes á cual más pintorescos. Sin embargo, la incomodidad y el haberse de prolongar la navegación, no por días sino por seis y más semanas disminuye en mucho los encantos que en los primeros días ofrece aquella naturaleza tan llena de variedad y de vida.

Nuestros misioneros entre tanto no desperdiciaban la ocasión de ejercitar su sagrado ministerio: siempre que la necesidad les obligaba á detenerse, no fuera

más que algunas horas en las aldeas y caseríos de las riberas del río, reunían la gente, le enseñaban la doctrina, predicaban y confesaban, cosa para muchos enteramente nueva, por la ignorancia y abandono en que viven. Son por lo general los habitantes de estas márgenes mulatos, ó de raza negra ya degenerada, descendientes de los innumerables negros importados del Africa en los siglos XVI y XVII. Son dóciles, pero indolentes, parte por carácter, parte porque aquella tierra feracísima casi sin ningún cultivo les produce el maíz, el plátano, la yuca de que se mantienen, y el río les proporciona abundante y variada pesca, de la cual muy poco se aprovechan. Los ardores del clima les obliga á vivir medio desnudos, y habitar en unas chozas cuyas paredes están formadas de una especie de cañas (*guáduas* las llaman en la tierra) de altura colosal y de doce á quince y más centímetros de diámetro, las cuales rajadas y aplanadas hacen las veces de sólidas tablas. Forma el techo un tejido de hojas de palma, tan fuerte que resiste á los terribles aguaceros que con tanta frecuencia se desploman sobre aquellas costas.

A esta casta pertenecen los *bogas* que guían las embarcaciones que cruzan el Magdalena, y los que tuvieron la suerte de conducir á nuestros misioneros quedaron no poco aprovechados: treinta días de trato continuo con ellos les morigeraron notablemente; aprendieron á lo menos lo más esencial de la doctrina, se confesaron y al llegar á Nare, pueblecito situado á la desembocadura del río del mismo nombre, que da entrada á la Provincia de Antioquia, los PP. tuvieron el consuelo de admitir á la sagrada comunión á todos sus conductores.

11)—Todavía restaba largo camino para llegar al término de la navegación: el río; aunque siempre anchuroso, se va estrechando algún tanto entre rocas primero, y luego entre dos cordilleras que son las

11.—Últimos días de navegación.

1844 últimas ramificaciones de los Andes, que más tarde habrá que atravesar. Aquí comenzó ya á resentirse la salud de los misioneros: diez de ellos cayeron enfermos de calenturas, tributo que con pocas excepciones tenían que pagar en aquellos tiempos todos los navegantes del Magdalena, debido no tanto á la insalubridad del clima, como á lo prolongado de la navegación, á tener que pernoctar á la inclemencia en lugares húmedos y respirando los miasmas de los pantanos que en las grandes crecientes deja el río á una y otra ribera, y de la vegetación podrida. Fácil es de concebir los padecimientos de los pobres enfermos en tales circunstancias, sin más auxilio que la amorosa solicitud de los pocos que quedaban en pié, los cuales por no poder más, se limitaban á suministrarles algunas medicinas caseras. Así tuvieron que continuar por más de dos semanas hasta llegar á un desembarcadero llamado La vuelta de la Madre de Dios.

12.—Santa muerte del P. José Tellez.

12)—El Ilmo. Sr. Mosquera, sábio y celosísimo Arzobispo de Bogotá, que había sido gran parte en la venida de los Padres, tenía ya aprestadas caballerías y todo el ajuar de viaje que se necesita en aquellos países para montar á caballo; mas de los diez enfermos, solamente tres estaban en disposición de arrostrar aquellas fatigas. Fué, pues, necesario que los más debilitados por las fiebres y aun no libres de ellas se dirigieran á la próxima ciudad de Honda, donde con los recursos de médicos y medicinas y más que todo con el cambio de vida y de alimentación convalecieron todos en poco tiempo, menos el P. Tellez.

Eran aquellos misioneros las primicias del apostolado que la Compañía de Jesus iba á restablecer en las vastísimas regiones regadas tiempos atrás con los sudores y la sangre de sus hijos: eran la vanguardia de las falanges que la Iglesia enviaba á luchar contra los errores modernos, dominadores inícuos lo mismo

de la América que de la Europa: eran los padres de una generación de héroes destinados á luchar en defensa de la soberanía de Jesucristo sobre los pueblos americanos: la empresa era grandiosa, y dejaba entrever grandes triunfos para la gloria de Dios, si se llevaba á feliz término. Así debió comprenderlo con su alto espíritu el P. José Tellez, cuando se resolvió á ofrecer á Dios su vida por el buen resultado de aquella misión. Aceptó sin duda el Señor su sacrificio, porque mientras sus compañeros recobraban á toda prisa la salud perdida, él se agravaba violentamente. En efecto, la fiebre le atacó al cerebro y en tres ó cuatro días le arrebató la vida el 6 de Junio, á los cinco meses de su salida de Europa.

13)—La vida de este ilustre Jesuita nos representa ese carácter especial de virtud propio de nuestros tiempos, que parece distinguirse en algo de la de nuestros mayores, como se distinguen los enemigos con quienes hay que luchar. Siempre ha sido y será vida de trabajo y de persecución; pero hoy es preciso trabajar en campos, aunque no estériles de por sí, sembrados por el hombre enemigo de tanta abundancia de cizaña, que ahoga casi por completo la buena semilla; y las persecuciones no vienen ya de herejes ó gentiles, sino de cristianos hipócritas, que aparentando sumisión á la Iglesia y buenas relaciones con el Soberano Pontífice, le hacen guerra á muerte. Trabajar sin esperanza y ser por ello vejados y perseguidos, hé aquí el patrimonio del Jesuita del siglo XIX en Europa y más aún en la América española.

Nació el P. Tellez en San Pedro de Latarce, pequeña población de la Provincia de Valladolid, diócesis de Zamora, el día 18 de Marzo de 1806. Educado desde sus más tiernos años con suma sencillez é inocencia, quiso dejar el mundo antes de comenzar á gustar de sus falsos y peligrosos placeres, y así aun antes de cumplir 14 años, dejando la casa paterna, se

13.—Elogio del P. Tellez.